

EL SACAMANTECAS.

Su Retrato y sus Crímenes.

NARRACION ESCRITA

CON ARREGLO

Á TODOS LOS DATOS AUTÉNTICOS

POR

R. B. de B.

Este folleto y retrato son propiedad.

VITORIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA E HIJOS DE ITURBE.

1881.

A
35



M. 26260
R. 15009

ATA
3585

EL SACAMANTECAS.

SU RETRATO Y SUS CRÍMENES.

NARRACION ESCRITA

CON ARREGLO

Á TODOS LOS DATOS AUTÉNTICOS

POR

R. B. DE B.



VITORIA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA E HIJOS DE ITURBE.

1881.

El Sacamanteos.



Juan Diaz de Garayo y Ruiz de Argandoña,

(a) Zurrumbon.

AL LECTOR.

Pocos crímenes han adquirido en nuestro siglo una resonancia y una nombradía tan grandes como los de EL SACAMANTECAS. La leyenda popular, casi olvidada, relativa á los misteriosos criminales de ese nombre, ha tenido por desgracia una realizacion especial, aunque no exacta, en nuestros días. Y, ¡extraña casualidad! los espantosos sucesos que se consignan en esta relacion han ocurrido precisamente en un país modelo siempre de buenas costumbres, en una comarca que nunca albergó ni produjo malhechores numerosos ni grandes criminales, en una ciudad que ha visto pasar años y años sin que tuviera que venir el verdugo á visitarla.

Un hombre oscuro, no viciado por malos ejemplos, por pérfidas predicaciones, por exageradas ideas, por malas lecturas, ni por otro género de causas á que comunmente se achaca la perversion popular, ha manchado con sus infames actos la respetada historia social de nuestro pueblo, no sin que de parte de todo su vecindario no se elevará la más enérgica y legítima furiosa protesta contra los inauditos y salvages atentados que aquel, misteriosamente y con inexplicable insistencia, cometiera.

Excitada como es natural la pública curiosidad, no sólo de España sino del extranjero, hemos bosquejado

rápídamente en este folleto, para satisfacerla, la historia de los crímenes de *El Sacamantecas*, ateniéndonos estrictamente á los datos más fehacientes y verídicos, que se han recogido durante su procesamiento y todos los cuales están rigurosamente comprobados.

Atenciones de ley, de caridad y de respeto han hecho, que como es natural, no consignemos ni los nombres de las víctimas, ni los de sus parientes, ni ningun otro detalle que pudiera lastimar la honra de nadie, tan digna de consideracion. Por esto mismo, y porque ninguna culpa tienen de cuanto el criminal ha hecho, hemos callado los nombres de las mujeres, hijos y hermanos de este, ya que además, por su misma desgracia, son dignos tambien de compasion y de respeto.

Con las noticias aqui resumidas tendrian los publicistas jurídicos asunto suficiente para varios volúmenes, y los periódicos extranjeros, segun su costumbre, podrian haber ocupado dias y dias en la ampliacion de tan curiosísimos hechos. Nosotros, nos hemos limitado á narrar sencillamente la tristísima historia de Juan Garayo, deduciendo de ella lo que lógicamente se deduce, y en el deseo de que sirva de severa enseñanza, á los que en su mala estrella, no saben reprimir sus pasiones y se dejan arrastrar por el impetu de la perversidad.

¡Quiera el cielo que nuestra querida provincia, donde la honradez y las buenas costumbres han tenido en cada hogar levantado un templo, y que en nuestros dias se ha visto avergonzada por estos extraños y espantosos sucesos, no vuelva nunca más á lamentarlos!

LOS PRIMEROS CRÍMENES.

El día 2 de Abril de 1870, á la caída de la tarde, salieron de la ciudad de Vitoria por el Portal del Rey, dirigiéndose hácia los términos del Polvorin por la carretera de Navarra adelante, un hombre de pobre aspecto, como de unos cincuenta años de edad y una mujer joven aún, baja de estatura, gruesa y regularmente vestida. Era él un labrador apellidado Garayo y ella una infeliz estraviada llamada M.... muy conocida en la ciudad entre la gente de cierto género de vida. Habían convenido ambos salir á hablar un rato en las afueras, y en efecto, avanzaron por la carretera hasta más allá del camino que cruza al Polvorin, y, tomando en la bajada de la cuesta, hácia la derecha, siguieron el curso arriba del arroyo llamado *Recachiqui*, que corre por la cuenca que forman los altos de Judimendi y Santa Lucía. Al hallarse á bastante distancia de la carretera se sentaron en una hondonada de la orilla, donde permanecieron un rato en amable compañía. Garayo sacó despues tres reales del bolsillo y se los entregó a la M., la cual al verlos empezó á increparle, porque era muy corta la cantidad. Esto dió origen á una disputa, en la que el labrador la ofreció un real más,

pretendiendo ella que habian de ser cinco. Sucediéronse las palabras duras de una á otra parte y entónces Garayo arrojándose sobre la M. la derribó en tierra, la sujetó fuertemente, impidiéndole que gritara, la oprimió la garganta con las manos hasta dejarla medio estrangulada, y para acabarla de matar sumergió su cabeza en un pequeño remanso de agua, que hacia el arroyo, y que tenia pié y medio de profundidad, sujetándola con las manos y sosteniéndola en tal posicion con una rodilla sobre las espaldas, hasta que observó que habia muerto. El furioso asesino la desnudó despues de todas sus ropas, la estendió boca arriba sobre el arroyo, la contempló algun tiempo y, arrojando despues los vestidos sobre ella, huyó hacia la ciudad, cuando ya las sombras de la noche habian cubierto casi por completo el horizonte.

A la mañana siguiente un criado de una casa de Vitoria caminaba por las orillas del Recachiquí, recogiendo flores y plantas medicinales, y al llegar al punto del crimen retrocedió espantado, viendo aquel cadáver medio sumergido en el agua. Buscó con la vista alguna persona á quien comunicar su terrible descubrimiento y hallando un estudiante, que paseaba por el campo de Judimendi, le enteró del caso, dirigiéndose inmediatamente ambos á Vitoria á dar parte á la autoridad. Acudió el Juzgado, levantóse el cadáver, se procedió á las diligencias de costumbre, se identificó la persona de la desgraciada M. cuyo marido cumplia entónces una condena en presidio, y por más que se creyó con seguridad que habia sido victima de un crimen, nada pudo descubrirse y la causa fué archivada. El causante guardó

siempre un absoluto sigilo, continuó trabajando en sus habituales ocupaciones y, como ningun antecedente sospechoso habia contra él, procuró aparecer tan impasible como los demás al oír las noticias de aquel descubrimiento.

No habia trascurrido un año, cuando el 12 de Marzo de 1871, y tambien á la misma hora de la tarde, poco antes de anochecer, el labrador referido conversaba en una de las aceras del Portal del Rey con otra mujer, de alguna más edad que la M., pobremente vestida, que era viuda sin hijos, que vivia ganando algunos humildes jornales unas veces, é implorando la caridad pública otras. Llamábase A. S.... La propuso Garayo que saliera con él á dar un paseo por el campo, y ella le manifestó, que no habia comido en todo el dia por carecer de recursos, ante cuya declaracion aquel le entregó un real, indicándole que la esperaba en la carretera de Navarra y que no tardara. Fué la A. á una taberna, tomó un vaso de vino y un poco de pan y se dirigió despues á reunirse al que la aguardaba. Juntos caminaron por la carretera hasta el camino del Polvorin viejo, por el cual se encaminaron hasta llegar al de Arana, tomando por detras de la casa del Carbonero y campo inmediato, hasta el término llamado *Labizcarra*. Sentáronse ambos y despues de algun tiempo, al entregar Garayo á la A. una corta cantidad, ella la rechazó por lo exígua, armándose con este motivo una disputa, que terminó por avalanzarse él sobre la mujer, derribarla y estrangularla, oprimiendo su cuello en las manos. Cuando Garayo se hubo convencido de que estaba muerta, se dirigió, ya de noche, hacia la ciudad, entró en su casa y se acostó.

El cadáver de la infeliz fué hallado el día 13, tendido boca arriba, con la cara inchada, herida y ensangrentada y con una estensa equimosis en el cuello. Nada pudo averiguar la autoridad judicial acerca de aquel crimen, quedando su autor tan tranquilo como despues de haber cometido el primero. Desgraciadamente, nadie los habia presenciado ni sospechado; único autor y testigo de ellos, hallaba su impunidad en el mismo sacrificio de sus victimas y por la vulgar modestia y oscuridad de su vida y de su nombre, por su conducta indiferente y ordinaria en la ciudad, durante largos y largos periodos, por la ausencia de todo rastro que pudiera comprometerle, ningun temor llegó á abrigar de que se conocieran sus feroces atentados. El término de Labizcarra apenas dista de Recachiqui unos cuatrocientos metros.

Esta impunidad debió alentar á su menguado espíritu á proseguir adelante en tan horrible conducta, pero no sin dejar que trascurriera largo tiempo, para que tales crímenes se hubieran casi dado al olvido. Aguijonado por la perversidad debió salir algunas veces fuera de Vitoria á buscar nuevas victimas, y en una de ellas, el día 21 de Agosto de 1872, poco despues de las doce de la mañana se dirigia por la carretera de Ochandiano hacia el pueblo de Gamarra mayor. Los labradores que trabajaban en aquellos campos se habian retirado á comer; no se veia nadie en todo el contorno, y solo distinguió Garayo que desde Gamarra hácia Vitoria avanzaba, en dirección contraria á la suya, una robusta y agraciada jóven, casi una niña, que segun se demostró despues solo tenia poco mas de 13 años de edad. Verla y sentir el criminal encendidos sus infames de-

seos, y disponer inmediatamente su ejecucion fué obra de un momento. Al pasar inmediato á ella, sin decirle una palabra, la hechó la mano izquierda al cuello, la rodeó el talle en el brazo derecho, la arrastró fuera de la carretera, á una de las acequias inmediatas y allí, para impedir que con sus gritos llamara la atención, la oprimió con furia el cuello hasta dejarla casi asfisiada, tendida en el suelo. La infeliz A..... era una criada de Gamarra, que habia sido enviada por sus amos á hacer unos encargos á Vitoria, distante de dicho pueblecito unos cuatro kilómetros. Y allí en pleno día, cuando caminaba entretenida tal vez con sus ilusiones de jóven, sin temor alguno, por que jamás en los campos de la llanada alavesa habian corrido peligro las jóvenes aunque caminasen solas, allí á pocos pasos de la casa de sus amos, en aquellos caminos y sitios que tantas veces recorriera, quiso su suerte desventurada que cayera en brazos, del insaciable monstruo, más peligroso y terrible en medio de un país civilizado que las fieras para los viajeros en los territorios salvajes. No debió poder la infeliz darse cuenta siquiera de lo que le ocurría; Garayo la trató de ahogar entre sus mortíferos puños y la hizo perder el sentido. En tal estado y en lucha con los tormentos de la agonía, fué violada; ocupándose despues el asesino en concluir la de ahogar, y en arrastrarla por fin hasta lo más escondido de la acequia, para ocultar su crimen por el mayor tiempo posible. ¿Puede darse un atentado más brutal, ni un cuadro más desgarrador, ni una lucha más infame que la de la débil y desamparada criatura con el ciego y titánico asesino.? Con la perversidad del malvado accchó luego Garayo to-

do el campo que le rodeaba, y antes de que, los labradores volvieran á sus faenas, á eso de las dos de la tarde, se deslizó á lo largo de la acequia y, evitando todo encuentro, volvió á dirigirse á la ciudad.

La ausencia prolongada de la pobre A. llamó la atención de sus amos, que no se explicaban porqué habria podido quedarse tal vez en Vitoria, y cuando al día siguiente se disponian á hacer averiguaciones, sobre su paradero supieron que, unos pastores habian descubierto un cadáver en aquellas inmediaciones, que resultó ser el de la jóven sirvienta. Se vió que habia sido estrangulada; su cara lívida y abultada y la estensa equimosis del cuello lo demostraban claramente. En su cuerpo, en sus ropas y en los alrededores del sitio donde fué hallado, se veian señales de que el asesino la arrastró inhumanamente antes ó despues de matarla. El atentado de que fué victima quedó tambien demostrado en el examen facultativo.

No hay para que recordar el espanto y la indignacion que tal suceso produjo en Vitoria y en todas las aldeas inmediatas. Este género de crímenes venian repitiéndose, como se vé, en pocos años, y desde luego la opinion pública profundamente escitada, se inclinó á creer, que existian uno ó varios criminales misteriosos, tan hábiles como perversos, que debian ser los comunes causantes de la muerte de las referidas M. A. y A. Empezó desde entónces á cundir el terror por la comarca, y ni los padres, ni los esposos permitieron que las mujeres se alejaran de los pueblos sin ir bien acompañadas. La pena que los crímenes causaban era cada vez más profunda, porque se veia que, en una tierra morijerada y

honrada desde lo antiguo, iban arraigándose escandalosos hechos, dignos tan solo de pueblos sin moral y sin cultura. Trabajaban á una con especial ahinco los tribunales y el cuerpo de policia, para descubrir al autor ó autores de ellos, sin que se obtuviera resultado alguno, cuando para mayor escarnio, para completo espanto y alarma del público, otro nuevo crimen de idéntico aspecto, vino á completar este cuadro tristísimo, ocho dias despues de cometido el anterior.

Increible parece, y sin embargo, Garayo, de quien se diria que el genio del mal le protegía visiblemente en su espantosa carrera, impasible ante las maldiciones del pueblo, fiero y cegado como nunca; fiado en su, hasta entónces propicia fortuna, incitado por el vicio y por su sanguinario corazon, solicitó á otra joven, á riesgo de aniquilarla tambien si se oponia á sus deseos ó á sus conveniencias. Salió de su casa al anochecer del dia 29 de Agosto del mismo año, y á los pocos pasos encontró á M. C. muchacha de 23 años, de la cual tenia noticias de que era de mala conducta y costumbres. Se detuvo con ella, la manifestó sus deseos, convino la M. y se adelantó esta bastante, saliendo por el portal de Barreras por la carretera de Rioja, seguida desde lejos por Garayo; método que éste practicaba para evitar un motivo más de ser descubierto. Así caminaron hasta el cruce del camino de *La Zumaquera*, donde se reunieron, avanzando por él hasta el puente que hay sobre el riachuelo que atraviesa dicho camino. Sentáronse á su orilla y, logrado su objeto, permanecieron allí algun tiempo conversando, hasta que Garayo sacó dos reales del bolsillo ofreciéndoselos á la M. Esta se negó

á recibirlos, objetando que era poco dinero; insistió Garayo y la llegó á ofrecer tres y cuatro, oponiéndose ella siempre á aceptarlos, apostrofándole por su tacañería y trabándose con ella inmediata reyerta. Garayo sintió renacer entónces sus instintos de fiera, y ante el temor de ser descubierto si la cuestion se prolongaba, echó sus hercúleas manos al cuello de la jóven, la derribó y la oprimió con ira hasta dejarla casi estrangulada. Cuando la creyó muerta se detuvo á contemplarla un momento y la infeliz en su agonía llegó á hacer un pequeño movimiento, que escitó más el sanguinario furor del monstruo. Volvió á lanzarse sobre ella, la sacó una horquilla de su peinado y enderezándola, mientras sujetaba el cuerpo de la victima con las rodillas, la descubrió el pecho, buscó la region del corazon y con horrible maña y esfuerzo introdujo hasta él la horquilla dejándola clavada en el cadáver. ¡Detalles increíbles, que demuestran con qué brutal serenidad sabia rematar á las desventuradas que caian en su poder! La arrastró despues Garayó hasta el mismo borde del agua, y como ya habia anochecido, se dirigió tranquilamente á la ciudad, entró en su casa, cenó, se acostó y reposó con sosegado sueño hasta el dia siguiente en que, como de costumbre volvió á sus ocupaciones ordinarias. En este dia se halló el cadáver de la M., resultando, como hasta entónces infructuosas cuantas tareas é investigaciones judiciales se hicieron para descubrir al asesino, y sobreseyéndose la causa incoada, como en las anteriores. Un detalle de esta: Habiendo recaído algunas hipotéticas sospechas sobre un soldado del regimiento de L. , entónces de guarnicion en Vitoria, se le formó el consiguien-

te proceso hasta, que, demostrada su inocencia fué puesto en libertad.

Calcúlese el asombro y el terrible efecto que este nuevo crimen produjo en la provincia, en las inmediatas, en la opinion general y en Vitoria sobre todo. La alarma creció de un modo enorme; la justicia multiplicó sus trabajos de investigacion no descansando un sólo momento; removió el cuerpo de órden público cuantos antecedentes tenia acerca de las gentes sospechosas de la ciudad y de los pueblos; forjóse ya por necesidad en el ánimo de las gentes, la personificacion del terrible y misterioso personaje, que habia venido á sembrar el luto y la consternacion en las familias y á manchar de un modo increíble y jamás oido el buen nombre de una comarca tan agena á toda clase de crímenes. ¿De donde habia venido el audaz asesino ó los asesinos? Cómo vivian y en dónde se ocultaban para acechar á sus víctimas? Quién ó quiénes podian ser, en una ciudad pequeña donde se conoce á todo el mundo y donde hasta entónces jamás vivieron personas que pudieran llamarse desconocidas? ¿Qué corazon infame pervertido por las malas ideas, educado por detestables ejemplos, acostumbrado á la vida de la sociedad criminal en populosos focos de corrupcion, qué espíritu sin fé, sin Dios y sin conciencia era aquel que, multiplicaba sus crímenes en medio de un país poblado, á las puertas de una poblacion pacífica, sin dejar rastro alguno de su ordinaria existencia, sin ser visto por nadie, sin que en sus relaciones tuviera otro ú otros seres que con sus manifestaciones dieran algun indicio para llegar á su descubrimiento? Nada se llegó á saber. Este misterio daba á tan

sangrientos sucesos mayor carácter de espanto; las inmediaciones de la ciudad y de las aldeas se despoblaban en cuanto avanzaba la tarde, y ni en estas se habría á nadie la puerta despues, sin tomar completas precauciones, ni en aquella se aventuraban las mujeres á recorrer solas ciertas calles y parajes poco concurridos, en cuanto la luz del sol desaparecia.

Los detalles del proceso y las confesiones particulares de Garayo han demostrado, que en medio de tan tristísimo estado de alarma, trabajaba éste como de costumbre en Vitoria y que comia, bebia y dormia bien, sin preocupacion alguna y sin que nadie se fijara en él para nada.

GARAYO (A) ZURRUMBON.

Juan Diaz de Garayo nació en Eguilaz, pueblo situado á corta distancia de la villa de Salvatierra, provincia de Alava el día 17 de Octubre de 1821. Fueron sus padres unos laboriosos y honrados labradores que tuvieron nueve hijos, á los cuales, como es costumbre en el país, dedicaron á la labranza ó al servicio doméstico. Atrasada entónces sobremanera la instruccion no pudieron dedicarles en su niñez, ni en su juventud, á recibirla en escuela alguna, así es que no llegaron á saber leer ni escribir, enterándose sólo á fuerza de tiempo y de práctica de las rutinarias tareas de la agricultura. Gozaron siempre los padres de Garayo de salud completa. A los catorce años, en plena guerra civil, fué enviado por su padre á servir á los pueblos inmediatos, á Salvatierra, Alaiza, Ocáriz, Izarza, Añua y Alegría, donde, á satisfaccion de sus amos y procurando cada día ganar mayor jornal, por lo que cambió bastantes, se ocupó en las tareas de labrador, pastor y carbonero, observando siempre intachable conducta.

Hacia siete años que estaba en la villa de Alegría, sirviendo en casa de un herrero en 1850, cuando llegó á enterarse por una jóven amiga suya, de que esta tenia en

Vitoria una hermana viuda labradora, que llevaba en arriendo algunas tierras y útiles de labranza, que se quejaba de que en su viudez no podía atender como debiera á sus obligaciones, siendo explotada por los criados y que nada la era más necesario como el casarse de nuevo con un hombre entendido en las labores del campo. Le insinuó su amiga que le convenia dirigirse á casa de su hermana para que entrara en ella como criado práctico y conocedor de la agricultura, y en efecto con una recomendacion suya se dirigió á la ciudad.

Excelente maña se dió Garayo para recomendarse á la viuda, manifestándola sus conocimientos en el laboreo y direccion de las tierras; y como ella le indicara que si bien se decidia á tomarle de criado no podian pensar en casarse hasta que pasara el tiempo que se prescribe á las viudas, se conformó Garayo á permanecer en la casa como criado, animando á la viuda á hacer la nueva sementera, puesto que la época era propicia y ofreciéndola comprar por su parte una pareja de bueyes, ya que en casa de su amo, el herrero de Alegria, tenia depositado algun dinero, producto de sus ahorros y de su vida sóbria y metódica de largo tiempo. Aceptó la viuda el plan, conviniendo ambos en guardar la mayor reserva acerca de sus propósitos de casamiento hasta el tiempo oportuno, y el nuevo criado compró los bueyes, sembró las tierras y se portó como un fiel y respetuoso sirviente captándose por completo las simpatías de su ama. Casóse al fin con ella. Llamábase esta primera mujer A. B. y llevaba el apodo de la Zurrumbona, del que tuvo su marido anterior, cuyo mote pasó tambien á Garayo, que desde entónces fué llamado ZURRUMBON.

Desde aquella época hasta 1863, en que su esposa falleció, vivieron ambos en la mayor armonía y concordia, sin que Garayo faltara á su mujer por ningun concepto. Durante ese período de trece años tuvieron cinco hijos, de los que sobreviven tres: dos hijos y una hija. Muerta su esposa, y teniendo Garayo que ocuparse de las labores del campo, empezó á reinar el abandono en su casa, y á perderse poco á poco la educacion de sus hijos. Para corregir este inconveniente, Garayo pensó en casarse de nuevo y así lo hizo, contrayendo segundas nupcias con J. S , para desgracia completa de su familia. Era su nueva mujer de carácter áspero y de violento genio con los que, en vez de asegurar la paz en la casa, la disipó; entablándose entre ella y sus hijastros constantes reyertas; arraigándose los ódios y dando lugar á que aquellos huyeran de su casa, colocándose como criado el mayor y haciéndose vagabundos y pordioseros los menores. Fuera de la casa los hijos, sin amparo ni guia, se vieron envueltos en las tristes consecuencias que trae la vida de la miseria y del abandono. Garayo movido por sus sentimientos de padre, alguna vez volvió á recojer á los dos menores, pero estos ante la repulsion que sentian hácia su madrastra, y alentados por las novedades de la vida libre, no se detuvieron muchas horas en el hogar paterno.

Vino su casa muy á ménos en los siete años que duró este segundo matrimonio, y la miseria, la guerra doméstica y el abandono de sus hijos debieron causar honda revolucion en el espíritu de Garayo, hasta entónces pacífico, laborioso y económico.

En 1870, su mujer, que habia sufrido una enferme-

dad variolosa muere de repente cuando se hallaba ya en la convalecencia y en este tiempo es cuando Garayo mató á la jóven M. en el arroyo del Polvorin. Poco tiempo despues contrajo nuevo matrimonio con A. L. con la cual vivió en perpétua discordia, empeorándose más y más la situacion de su casa, ya que él se ocupaba como podia como simple bracero y ella se daba á menudo al vicio de la embriaguez. Esta situacion duró cinco años, hasta el 1876, durante cuyo periodo asesinó á la A. S. en el término de Labizcarra; á la jóven A. en el camino de Gamarra y á la M. C. en la Zumaquera.

Tenia Garayo cerca de cincuenta y un años cuando cometió estos dos últimos crímenes. Era un tipo vulgar y ordinario, de regular estatura, de ceñudo y repulsivo aspecto y vestia como los braceros pobres del campo, boina azul vieja y mugrienta, remendada chaqueta de color oscuro y pantalon de percal.

Su rostro no tenia nada de simpático ni de regular: angosta y corta la frente, estaba marcada en su parte alta, que ceñia el aplastado y desordenado cabello laso entrecanoso, por una profunda cicatriz; bajo sus pobladas y ceñudas cejas apenas se acertaban á distinguir unos ojos pequeños, profundos, vizco el derecho y constantemente inclinados ambos hácia el suelo; su nariz era larga y abultada en la punta; muy marcados y de tinte moreno tostado los pómulos y apretada la boca con profundas arrugas ó surcos laterales. Su cabeza oíreca relevantes irregularidades, era ancha en su base de oreja á oreja y más larga en esta línea, que de adelante atrás; alta y estrecha en su cima semi-calva, mal cubierta por largos y enredados mechones de pelo, con

un desarrollo mucho mayor en el parietal derecho que en el izquierdo; casi plana y sin marcada proeminencia occipital en la parte del cogote, inclinada constantemente hácia la izquierda y sostenida por un cuello musculoso, oscuro, robusto y ancho. Esta fisonomía tenía mayor aspecto de imponente repulsión, cuando una vez preso Garayo, se dejó la barba que le cubría hasta la mitad de los pómulos, que rizada áspera y negra gris ocultaba sus anchas mandíbulas y que sólo se presentaba simétricamente canosa debajo de los extremos del bigote por ambos lados de la punta.

Seu cuerpo mostraba todos los caracteres del hombre dedicado á las rudas faenas del campo, pero en amplio desarrollo. A un pecho fornido, estenso y saliente correspondía una espalda ancha y maciza y en sus brazos y piernas notábase la consistencia nutrida y poderosa de los miembros en que á una musculatura resistente y elástica, dan vigor unos nervios enérgicos y un ejercicio constante. Su salud fué siempre excelente; la vida en sus tres primeras cuartas partes metódica y sóbria, y su trato y sus costumbres, según el testimonio de los que le conocieron, vulgar, sencilla y sin ningún carácter especial, ni tendencia predominantes.

Y con ese aspecto repulsivo y nada simpático, y con esa constitución y ese cerebro característico é irregular llegó á los cuarenta y nueve años, es decir, más allá de la época del completo desarrollo físico y fisiológico, sin entrar en la práctica del vicio, sin que hubiera que reprocharle por ninguna falta grave, sin cometer ningún crimen.

Garayo no sabía leer ni escribir, no tenía más educa-

cion que la comun entre las gentes de su clase, conocía perfectamente su oficio de labrador rutinario y no se elevó nunca, ni podía elevarse, en sus aspiraciones intelectuales más allá del corto horizonte de las que se tienen en el que habia nacido y vivido. Era egoísta, agarrado, escéptico en materia de ilusiones y muy inclinado por su robusta naturaleza á los goces materiales.

Buen esposo y buen padre durante los trece años de su primer matrimonio, cambió bruscamente de carácter, de afecciones y de sentimientos al estallar la discordia y el desarreglo en su casa durante el segundo y perdió para siempre el afecto á sus hijos y su hogar. El egoísmo adquirió absoluto desarrollo en su mente y en su corazon y haciéndose indiferente á toda bondad y á toda esperanza, y pensó tan sólo en acumular con su trabajo algunas sobras que le diesen para vino ó para asquerosos placeres.

Una vez en esta desastrosa senda llevóle su perversidad á consumir los primeros atentados, sirviéndole sin duda la impunidad del primero, de aliciente para cometer los últimos siempre en la idea de que con la muerte de sus víctimas no sería descubierto.

Cegado y decidido más y más cada dia en su horrible y sangrienta idea, pero cauteloso siempre, dejó trascurrir un año desde el crimen de la Zumaquera, y una tarde del mes de Agosto de 1873, condujo tambien á las inmediaciones del Polvorin, cerca de Recachiquí á una jóven de mala vida, con la que pasó algun rato. Repitióse al fin la escena de siempre, Garayo la entregaba poco dinero y en la lucha entablada, pudo la muchacha gritar, mientras aquel la agarraba del cuello, y dar lu-

gar á que á los gritos acudieran algunos soldados de la guardia del Polvorin, ante cuya presencia, el criminal emprendió la fuga.

Pasó otro año. En Junio de 1874 Garayo que caminaba solitario por el camino de la Zumaquera dió con una mujer anciana y enferma, que vivia implorando la caridad. Al aproximarse á ella, y sin decirle una palabra la echó las manos al cuello, intentando derribarla, pero, resistente la mujer empezó á defenderse y dar voces, cuando á la sazón aparecieron otras dos mujeres, que venian por un camino inmediato. Huyó entonces Garayo, y la pobre anciana, que quedó quejándose sentada en el borde del camino, dijo á las que se aproximaban: «¡En buena hora han pasado ustedes por aquí, porque si no ese demonio de Garayo, que debe estar borracho, me hubiese matado sin haberle dado motivo para ello!» De estos conatos no tuvo conocimiento la justicia.

En 1876 enviudó de nuevo, quedando, al parecer envuelta en el misterio la muerte de esta su tercera esposa. Hé aquí como la refirió el mismo Garayo:—«En la noche del 3 de Abril de 1876 al volver del campo, donde estuve trabajando todo el día desde las cinco de la mañana, al subir á la habitacion nuestra, encontré la puerta cerrada, y como al llamar no me contestó nadie, metí la mano por la gatera y saqué la llave de la puerta, que yo mismo dejé allí cuando me marché por la mañana, quedándose mi mujer en la cama, buena y sana. Al entrar en la alcoba, vi que estaba agonizando. Salí asustado y busqué un médico, el cual, al ver que mi mujer no hablaba y que iba á expirar, mandó que viniese un cu-

ra y le diera la Uncion, que era lo único que podia hacerse.

Un mes más tarde Garayo contrajo nuevo matrimonio con una pobre viuda de avanzada edad, llamada J. I. Vivió algun tiempo con ella en pasagera paz, bien pronto interrumpida por continuas discordias, hondas y mútuas recriminaciones y completo desarreglo doméstico.

¿TUVO GARAYO IMITADORES?

Durante el período de los dos últimos años de la guerra civil y en los dos siguientes la memoria de los pasados crímenes parecía haberse olvidado bastante, porque no hubo nuevos atentados que lamentar, cuando en el comienzo mismo del año de 1878, el día 2 de Enero se descubrió otro tan horrible y más sangriento que los anteriores. Unos labradores hallaron en el encuentro de los caminos de los pueblos de Mendiola y Castillo y no léjos de la carretera de Arechavaleta, en las inmediaciones de Vitoria, el cadáver de una mujer de cincuenta y cinco años, vecina de M... y llamada M. R. Habia sido asesinada y horriblemente mutilada, tenia grandes heridas en el pecho y en el bajo vientre, con la mayor parte de las vísceras fuera y como arrancadas violentamente. La mano derecha tambien le habia sido cortada con brutal energía.

Aquella infelíz, madre de familia, habia ido en la tarde de año nuevo al pueblo de Arechavaleta á comprar un poco de vino á la taberna, llevando en una cesta bacalao y chocolate. Despues que puso el vino en una botella, la colocó tambien en la cesta, y ya cerca del anochecer, emprendió el camino hácia Olárizu y

Mendiola. Poco debió andar cuando fué asaltada por el criminal ó criminales que concluyeron con su existencia, porque el arroyo ú orilla del camino donde se la encontró no dista mucho de la carretera que pasa por Arechavaleta. A su lado se halló la cesta con los objetos indicados, en medio de aquel cuadro que inspiraba profunda repulsion y repugnancia.

¿Quién fué el autor de aquel crimen horrendo? Garayo durante le formacion de los procesos que se le han seguido lo ha negado constantemente.

De otras averiguaciones practicadas á la raiz del suceso, nada se pudo deducir.

Al tenerse noticia de este crimen la opinion pública volvió á recordar con más fuerza que nunca los anteriores delitos y se demostró que aquel misterioso ser, ó aquellos hábiles y terribles criminales que durante cuatro años habian aterrado antes al país con sus salvajes asesinatos y violaciones vivian aún por desgracia, y residian en el campo de sus infames hazañas. Produjo esta lógica consecuencia el más profundo terror. La fantasía de las gentes al conocer los detalles del crimen del camino de Mendiola, al saber que el asesino habia arrancado «las entrañas» á su víctima, se fijó en aquellas sabidas y viejas narraciones de la existencia de ciertos hombres mónstruos, que brutalmente asesinaban niños y hombres «para sacarles las mantecas y hacer con ellas ciertas composiciones de maravillosa eficacia» y bautizó desde entónces al presunto autor de los crímenes del campo de Vitoria con el título de: EL SACAMANTECAS. Y pintábasele todo el mundo en su imaginación á su modo; y asustábanse las mujeres y los niños especialmen-

te al nombrarle así; y causaba profunda lástima y vergüenza á todos el que hubiera un motivo real para que se arraigaran y crecieran estos temores y en vano los que discurrían con más calma y sensatez y los tribunales y las autoridades buscaban una explicación racional de aquel tremendo misterio, porque ni el más leve indicio, ni la huella más pequeña pudo nunca guiarles al descubrimiento de los malvados.

No se habían acallado, ni mucho ménos, las protestas contra tal hecho y los temores que produjera, cuando, como si la audacia del crimen hubiera llegado á su apogeo se anunció dos meses después el 28 de Febrero, que dentro de Vitoria, en una de sus calles más concurridas aunque retirada y de no muy buena fama, se acababa de cometer otro espantoso crimen, de idénticas formas que el anterior, pero más infame aún si cabe. En efecto, hallábase en su casa la niña M. L. de once años de edad, cuando llamó á la puerta de su habitación un hombre viejo, que al responder aquella, la preguntó «Si había en la casa algún cuarto vacío.» contestó negativamente la M. y entonces el viejo cogiéndola por el cuello la derribó, la impidió que gritara, la deshonoró violentamente y, sacando después una navaja la causó varias heridas mortales en el vientre.

Pudo gritar la niña al sentir que alguna otra persona se acercaba, y entonces el viejo huyó apresuradamente. Al volver á casa la madre de la infeliz criatura á las siete de la tarde, la encontró en tan terrible estado y después de haber dado parte del hecho, aún se la pudo trasladar al hospital donde murió el día 3 de Marzo siguiente. Dió la desgraciada allí con todos sus detalles

las señas del asesino, el cual había sido visto también en las inmediaciones de la casa por una vecina, y una vez apresado, fué reconocido tres veces por su víctima en el hospital, declarando el viejo que era suya la navaja que la justicia había encontrado, pero negando siempre y rotundamente el haber tomado parte en el crimen.

Se creyó entonces descubierta la tremenda historia del feroz violador y asesino. «El SACAMANTECAS,» se dijo, ha caído en poder de la justicia. ¿Quién era el reo? Un oscuro y al parecer inofensivo anciano, de setenta y cinco años de edad, llamado *el A.....* que vivía ganando algunos cortos jornales. Sin embargo, las más severas y hábiles pesquisas y tareas de los tribunales no lograron demostrar que hubiese cometido más crímenes que el de la niña M. La Sala de la Audiencia de Burgos reconociéndole autor del hecho le condenó á veinte años de cadena, pero habiendo interpuesto recurso de casación el Ministerio fiscal, fué admitido por el Supremo Tribunal, anulada la Sentencia anterior y condenado *el A.....* á la pena de muerte, que sufrió en Vitoria en 19 de Mayo de 1880.

Por aquel tiempo también apareció en el campo, en el término de N. el cadáver de una jóven que había sido víctima de los más infames ultrajes. Siguióse causa contra J..... *el pastor*, en el que recaían vehementes sospechas, y que había sido visto en Vitoria pocos días antes del crimen, desapareciendo después por largo tiempo, pero no pudo obtenerse ningún resultado positivo.

Esta asombrosa repetición de crímenes de idéntica

indole y forma han hecho sospechar despues que, dada la impunidad y el misterio que rodearon á los primeros, pudo haber alguno ó algunos malvados imitadores y continuadores de los que habian cometido aquellos, y que tal vez al amparo del siniestro velo que ocultaba al criminal iniciador, hubo en Vitoria y sus cercanías quienes se atrevieron á consumir y repetir nuevas infamias. ¡Influencia terrible del vicio y de la impunidad, que alienta y ciega á los corazones perversos á probar fortuna en la carrera del crimen y á lanzarse sin temor alguno y con instintos de fiera á la ejecucion de los hechos más repugnantes!!.

El Sacamantecas tuvo indudablemente imitadores.

LOS ULTIMOS CRÍMENES.

¡Qué efecto de horrorosa simpatía debieron producir algunos de estos hechos en el ánimo de Garayo! Desde el año 72 en que cometiera su último asesinato, desde el 73 y 74 en que se le frustraron los otros dos, dejó pasar cinco sin atreverse, que se sepa, á esterminar á las víctimas de su lascivia. El público se ocupaba del *Sacamantecas*; tal vez él mismo se ocuparía tambien en sus conversaciones con las pocas personas á quienes trataba; los crímenes últimos le demostraban que habia otros tan perversos como él que merecian ese nombre; y en este estado, tal vez atormentado algunas veces por el recuerdo de sus infamias; contemplando él en otros lo vil de semejantes actos y lo dignos que eran de tremendo castigo; alentado tal vez en otras ocasiones por el misterio mismo, por la fama del siniestro héroe y por el ningun resultado que daban las investigaciones de la autoridad, debió vivir Garayo largo tiempo en perpétua lucha de diversos impulsos, entre la atraccion del vicio y la imposicion del temor, entre el contraste que en su espíritu, por menguado y corto que fuera, producian indudablemente lo extraordinario de sus hechos y lo más extraordinario aún de su suerte, que le

permitia vivir como un hombre sencillo y honrado en medio de la sociedad ávida de reparacion y de justicia, cuando tantos otros purgaban faltas y crímenes de escasa significacion en la horrible vida de los calabozos.

Desgraciadamente el instinto de la perversidad triunfa en la mayor parte de estas luchas. Ni sus instintos genésicos ni sus impulsos homicidas se habian despertado en él durante el largo periodo del 74 al 78 con tal violencia, ó en tan casuales circunstancias, que le obligaran á ensangrentar de nuevo su terrible historia, pero al cabo de tanto tiempo de calma el año de 1879 debia ser para su existencia el más extraordinario de todos.

En 1.º de Noviembre de 1878 hallábase Garayo en un molino de las cercanias de Vitoria en ocasion en que estaba sola la molinera ocupada en sus labores de cocina; entró en esta habitacion, como lo solia hacer algunas veces, y despues de hablar algunas palabras indiferentes se lanzó sobre aquella, echándola las manos al cuello para estrangularla. Trabóse desesperada lucha entre ellos, cayendo ambos al suelo pero con tal fortuna para la molinera, que al dar con una grada que habia cerca de la puerta, y al rodar sobre ella, quedó Garayo debajo, soltándola entónces, levantándose y huyendo ante los gritos de la mujer, á pesar de estar en aquel momento completamente escitado por sus pasiones y dispuesto á repetir sus horrendos crímenes. Pudo en él mucho más el temor que la lujuria y más tambien el deseo de no ser descubierto que la salvaje tendencia erótico-homicida y se separó velozmente del molino y de sus inmediaciones. La molinera dió parte

á las autoridades, Garayo fué apresado y se le formó el consiguiente proceso. Una vez en la cárcel el incógnito SACAMANTECAS tuvo la habilidad suficiente para no dejar entrever en sus declaraciones, en sus palabras ni en sus relaciones nada que pudiera descubrir que fuese él el autor de los otros espantosos delitos, que, en vano, perseguía la justicia. Mostróse durante la prision grave, reservado, indiferente, sin temor alguno que le privase del apetito ni del sueño, sufrió la condena de dos meses de prision que le fué impuesta y salió de ella tan sereno, é inofensivo al parecer, dispuesto á trabajar en sus habituales ocupaciones y á continuar su vida oscura y ordinaria.

Pasó en ella cuatro ó cinco meses, hasta que, un dia el 25 de Agosto de 1879 vagando por las inmediaciones de la ciudad, como á menudo solia hacerlo, se adelantó por la carretera de Castilla, hasta llegar al término medio del trayecto de los pueblos de Gomecha á Arriñez. Allí encontró á una mendiga anciana á la cual se aproximó, entablando con ella casual conversacion.

Cuando así caminaban ambos entretenidos, Garayo la ofreció una limosna, y mientras la sacaba del bolsillo, recorrió con la vista todos los alrededores, vió que no habia gente y cogiéndola con fuerza de los brazos trató de sacarla fuera de la carretera. En la lucha ocasionada con este motivo, cayó la anciana al suelo, dándose en la cabeza un fuerte golpe contra una piedra, que la produjo una herida con abundante derrame de sangre. Al lanzarse entónces Garayo sobre ella, le dió la mendiga tan terrible puntapié en el bajo vientre, que le hizo caer para atrás, casi sin sentido, en cuyo instante la animo-

sa mujer se levantó y huyó gritando hácia Vitoria, Garayo se detuvo á discurrir qué resolucion tomaría, y ante el temor de ser apresado de nuevo, siguió desde cierta distancia á la anciana, penetraron ambos en Vitoria y se fué él á su casa á disponer los medios necesarios para que la agredida no divulgase el hecho, ni se le persiguiera. Forjó ante su mujer una relacion del hecho, diciendo que habia herido sin querer á la anciana, cuyo nombre y domicilio indicó, y la encargó que fuera á verla y la decidieron á no dar paso alguno contra él. Intentó la anciana un juicio de faltas pero tan buena maña se dió Garayo para no verse otra vez ante los tribunales, tan bien supo en esta ocasion como en otras preparar las circunstancias para que quedase ignorado su delito que, la anciana al fin convino en recibir veinte pesetas de indemnizacion amistosa y se calló. Mientras estos arreglos se ultimaban y por si acaso la noticia, por algun descuido, se divulgaba, marchó Garayo á Vizcaya á buscar trabajo en las minas de Somorrostro. Quando la mendiga convino definitivamente en conformarse y cuando, según él, todo peligro de denuncia hubo desaparecido, tomó de nuevo el camino de Vitoria por la carretera de Amurrio, Altuve y Murguía.

El dia siete de Setiembre almorzó en esta villa, tomando un par de huevos y un cuartillo de vino, y emprendió su camino hácia Vitoria á las once y media de la mañana. Al poco tiempo distinguió en la carretera una mujer que caminaba delante de él y en la misma direccion; aceleró el paso, la alcanzó, la saludó y la preguntó de dónde era, si era casada y si habia estado en Vitoria alguna vez. La interpelada era una jóven de

veinticinco años, alta, agraciada y robusta, llamada D. C. y natural del pueblo de Záitegui. Contestó ella que era soltera y que habia estado algun tiempo sirviendo en la Ciudad. Siguieron ambos hablando algun tiempo y al llegar á un lugar solitario del camino, en la cuesta de Záitegui, Garayo se detuvo un momento, dejó avanzar á la D. la cogió por ambos brazos, sujetándola fuertemente, la abrazó y arrastró por una senda inmediata, hasta un lugar retirado y atándola al cuello un pañuelo que la jóven llevaba, la oprimió con violencia despues de derribarla, mientras la exponia con ánsia sus infames deseos, ofreciéndola dinero, prometiéndola absoluta reserva y amenazándola furiosamente despues. Resistióse con varonil decision la jóven, haciendo desesperados esfuerzos por desasirse de las garras del hercúleo asesino, y este entónces, sacando una navaja la infirió graves heridas en el pecho, tratando de violarla en su agonía. Volvió de nuevo á su repugnante faena lastimándola más y más y la remató al fin causándola nuevas heridas en el vientre.

Despues de tan horrendo acto cogió Garayo la cesta en que la D. llevaba un poco de aguardiente, arroz y almidon para su casa y la ocultó en unos espinos. La jóven y su asesino no habian encontrado en el camino, mientras anduvieron juntos, mas que á un muchacho peaton, conductor interino de la correspondencia, que solo se fijó en ellos de paso.

Cometido el crimen tomó la direccion del monte inmediato, anduvo por él algun tiempo y se sentó entre unas matas á fumar un cigarro; en esta situacion le halló un vecino de una de aquellas aldeas, que iba por el

monte buscando una vaca, quien se sentó á su lado, conversando ambos un rato. Siguió despues Garayo por el monte, volviendo á la carretera de Vitoria cerca de la venta del Grillo, en la cual, á las cuatro de la tarde bebió un vaso de vino, cruzando algunas palabras con un aldeano, que allí se encontraba y descansando bastante tiempo. Adelantó por último ya cerca del anochecer hasta los puentes de Arriaga inmediatos al rio Zadorra, y debajo de uno de ellos se refugió y pasó la noche.

Durmió tranquilamente en aquel solitario y escondido lugar, y en las primeras horas del dia 8 adelantó hasta el pueblo de Arriaga, tomando en su taberna un poco de pan y aguardiente. Era lo natural que siguiese despues el camino comprendido, y que entrara en la ciudad, pero, el horror de su nuevo crimen debia traerle trastornado entre el temor y la ansiedad y súbitamente, cambió de rumbo volvió hácia el puente de Arriaga y separándose de la carretera subió por las asperezas del alto de Araca. ¿Qué hizo en él durante toda la mañana? Verdadera fiera insaciable, alucinado por la sangre derramada buscó en las apartadas soledades de aquel monte una manera ficticia de alejarse del mundo, de todo contacto humano y de toda recriminación y castigo, sintiéndose desesperado y perdido tal vez, pero no arrepentido, ni satisfecho y acechó durante largas horas todos los puntos del horizonte, para ver si su misera fortuna le proporcionaba una nueva presa que sacrificar á sus infames apetitos: una mujer cualquiera que fuese.

Y como quien va ciegamente al abismo, como quien por su fatal destino avanza á caer entre las garras del traidor tigre escondido, una pobre anciana llegó á tomar

aquella direccion, siguiendo el solitario sendero que desde la carretera de Murguia atraviesa parte del monte pasando por los caserios de Araca con direccion á varias aldeas y entre ellas á la de Nafarrate. Era aquella mujer llamada M. A. una labradora vecina de este pueblo, de 52 años de edad, que habia venido seis dias antes á Vitoria á pasar las serias, y que volvia á su casa con una cesta sobre la cabeza, y en la que llevaba varios efectos, y entre ellos un panecillo francés y atun en escabeche. Garayo salió á su encuentro, como si lo hiciera por casualidad, la saludó y caminó á su lado algunos pasos. Empezó á llover entónces y ambos se refugiaron y sentaron debajo de un árbol inmediato al camino. Preguntó la M. á Garayo la causa de encontrarse en aquel sitio y éste respondió que buscaba una yegua que se le habia escapado, añadiendo la M. que ella no la habia visto en su camino desde la carretera. Garayo se decidió á manifestarla sus lúbricos deseos y ella ofendida, se negó, le reprochó y se levantó dispuesta á separarse de aquel hombre. Entónces Garayo avalanzándose á la labradora, la arrancó el delantal enrollado, que le habia servido de rodana para sostener la cesta en la cabeza, se lo echó al cuello, la derribó, hizo un nudo y apretó hasta dejarla casi estrangulada. En esta disposicion la arrastró hasta un árbol inmediato, donde la desnudó de todas sus ropas, disponiéndose á satisfacer sus deseos, aunque sin poder lograrlo. Respiraba aun la M. y para dejarla completamente rematada, sacó la pequeña navaja de que se habia servido el dia anterior para matar á la jóven D. y le dió con ella una puñalada en el corazon y otra en el vientre, concluyendo por abrirla de

abajo á arriba en la tercera ¡Increíbles detalles! aquel mónstruo introdujo despues sus manos por la abertura del vientre, sacó fuera los intestinos y arrancó á la víctima un riñon, que arrojó próximo á la cesta.

¿Por qué este horrible acto?—«Porque decian que era *El Sacamantecas* el que hacia estas cosas; y para que así lo creyeran y nadie pensara en mí;» contestó poco más ó ménos Garayo, cuando más adelante se le interrogó diferentes veces acerca del móvil que le inducia á ejecutar tan sangrientos y repugnantes escesos.

¡Perspicacia horrible, digna de un hombre especial, que, aun en medio de la ceguedad de las pasiones y de la turbacion inmensa que debe producir la comision de un crimen, no olvidaba un solo detalle que pudiera contribuir á disfrazar más y más sus actos, á desorientar por completo á las gentes y á asegurar su impunidad! ¿Quién habia de sospechar que *El Sacamantecas* misterioso, maestro consumado en la ejecucion de tantos crímenes, utilizador entendido de los despojos orgánicos de las víctimas, segun la creencia vulgar, habia de ser un pobre bracero del campo, un labrador ya de edad madura, en contra del cual apenas habia ningun antecedente sospechoso, visto y conocido de los victorianos, que nada encontraban en él que le diferenciara de otros labradores de su clase? Nadie. Garayo razonaba así con acertada lógica, y mutilaba á sus víctimas por esa lógica misma, para completa garantía suya.

Despues del salvaje asesinato se limpió las manos con las ropas de su víctima, cubrió su cadáver con ellas, y sin que tan tremenda y espantosa accion le quitase el apetito, abrió la cesta y comió el panecillo y un poco

de escabeche. ¡Serenidad y entereza extraordinarias, que tienen poco semejante, en los anales de los crímenes más célebres!

Consumada la carnicería, volvió la fiera á su guarida, refugiándose en el puente seco, donde habia dormido la noche anterior. En la mañana del día 9, muy temprano, se lavó en la orilla del río Zadorra, arrojó desde el puente la navaja á el agua y entró en Vitoria no deteniéndose en su casa, mas que el tiempo necesario para descansar y mudarse de ropa, y sin hablar apenas con su mujer, volvió á salir de la ciudad, dirigiéndose á la villa de Alegría.

En este día tuvo noticia el Juzgado de 1.^a instancia de Vitoria de la aparición del cadáver de la infeliz D. en el sito denominado las Carboneras de Ordumbre, inmediato á la cuesta de Yurdiñ, término de Zaitegui y mientras instruía en aquel sitio las primeras diligencias y averiguaciones, se denunció la existencia de otro cadáver, el de la desgraciada M. que apareció en Araca y á cuyo levantamiento acudió el Sr. Juez municipal de Vitoria, ya que el Sr. Juez del partido se hallaba ocupado en la información anterior.

¿A qué pintar el unánime y terrible clamor que en son de maldición y de protesta y en demanda de inmediata justicia se levantó en Vitoria y en los pueblos inmediatos, entre el más profundo temor y sentimiento, al tenerse noticia de estos espantosos descubrimientos? La preocupacion fué colosal; todo perdió su interés ante estos sucesos, y no hay para qué decir con qué palpitante y vivo interés se recordaron los crímenes de idéntica índole cometidos desde 1870, y con qué supre-

ma extrañeza y desencanto se vió que el anciano criminal *el A...* preso entónces en Vitoria, no era, ni mucho ménos *EL SAACMANTECAS*. Este apodo aterrador é infame bullia en todos los labios, imponia á todos, y bien pronto, corrió y se afamó en las provincias inmediatas, en España entera, y se trasmitió en alas de la prensa al resto del mundo. Pero habiase llenado ya sin duda la medida de la maldita impunidad; era ya demasiado lo sucedido, y gracias á especiales circunstancias, á la perspicacia de un digno dependiente del Juzgado, al incansable empeño del recto y entendido Juez D. José Antonio de Parada y á los relevantes servicios prestados por los señores alcaide y llavero de la cárcel de Vitoria, la justicia cumplió su deber y la dignidad, la opinion y la tranquilidad de la comarca entera quedaron cumplidas y satisfechas.

Garayo llegó á la villa de Alegria y se ajustó á servir por toda la época de la sementera en casa de un labrador el Sr. A.

Mientras hacía el trato con este, una niña de corta edad, hija de la casa, miraba con atencion al nuevo criado y cuando Garayo salió de la habitacion, dirigiéndose la niña á su padre exclamó sobrecogida:

—¡Ay padre! qué criado más feo ha tomado V... ¡Si parece *EL SACAMANTECAS*!

¡Extraña coincidencia! Aquella inocente criatura preocupada con lo que se contaba, se habia forjado en su imaginacion la siniestra facha del criminal y al expresar su emocion, con la vista de aquel hombre, habia dicho una espantosa verdad!

EL SACAMANTECAS EN LA CÁRCEL.

Sin dar un momento de tregua á sus tareas, decidido á agotar cuantos medios estuvieran á su alcance, el dignísimo Juez Sr. Parada procuró poner en juego toda la actividad de sus funcionarios, del cuerpo de órden público y de la guardia civil, para resolver cuanto antes el pavoroso problema, que se ofrecía á los ojos de la justicia.

El cabo comandante del puesto de la guardia civil de Murguía al hacer las primeras indagaciones para el descubrimiento del autor de la muerte de la D. oyó la declaración del jóven peatón conductor interino de la correspondencia, que como se ha dicho, encontró á Garayo y á su víctima en la carretera y alto de Yurdin; y de los detalles dados por éste y por los aldeanos, que respectivamente le vieron despues en el monte y en la venta del Grillo, recordando el alguacil del ayuntamiento de Vitoria D. Pio Pinedo, que dichos detalles convenian con los que referian á Juan Garayo, y que éste habia sido apresado y castigado en aquel mismo año por el atentado, que intentó cometer en la persona de la molinera de las cercanías de Vitoria, dedujo éste

hábil y celoso funcionario, que tal vez no dejaría de haber relacion entre este suceso y los últimos crímenes, y que tal vez tambien fuese Garayo mismo el sospechoso personaje de Yardin y de Araca. Sabia además Pinedo, por habérselo oido á la interesada, que Garayo era el autor del conato de violencia cometido en la mendiga anciana en el camino de Gomecha á Ariñez, y con estos datos, hizo al Sr. Juez de 1.ª instancia una relacion razonada de sus sospechas.

Ordenó en su consecuencia el Sr. Parada que se buscasse á Garayo y se le condujera á la cárcel. El Sr. Pinedo acudió á la casa de Garayo, en la que solo encontró á su mujer; respondiéndole esta al saber el objeto que allí le llevaba, que ignoraba el paradero de su marido, porque á consecuencia de haber herido á una mujer, salió de Vitoria, mientras se arreglaba el modo de que la mujer callara, mediante una indemnizacion, para evitar el verse preso como antes; que no sabia qué habria sido de él despues y que ella misma se lamentaba siempre de que su marido se metiera en cuestiones con nadie, sin explicarse por qué habia herido á aquella mujer.

El alguacil se aseguró más y más en sus sospechas y continuó indagando sin cesar el paradero de Garayo. Continuaba este en Alegria, y, tal vez creyendo que el clamoreo de los crímenes habia cesado, que se habrian olvidado y que la justicia sería impotente, como tantas otras veces para descubrirle, se decidió á venir á Vitoria, á mudarse la ropa, haciéndolo en efecto el dia 21 de Setiembre, trece despues de sus crímenes.

Muy tranquilo caminaba por una de las calles más

céntricas y concurridas de la ciudad, cuando llegó también á ella el Sr. Pinedo, quien, conociéndole inmediatamente, se lanzó á él y le detuvo, en medio de la estupefacción y curiosidad general del público, que oyó entonces de boca del alguacil, que aquel hombre; Zurumbon, «era El SACAMANTECAS.» Se le condujo á la cárcel de orden del Sr. Juez, quien con toda la habilidad que el caso requería empezó á instruir el proceso y á interrogar y explorar al presunto reo. Evitó Garayo con gran perspicacia toda respuesta, que pudiera comprometerle, á pesar de cuantas pruebas se le ofrecieron, é insistió constantemente en sus negativas y en su bien estudiado papel, El Sr. Juez se convenció bien pronto de que Garayo era en efecto un gran criminal, pero las aferradas negaciones de éste imposibilitaban en gran parte el esclarecimiento de la verdad y la marcha del proceso.

Hallábase y se halla al frente de la magnífica cárcel-modelo de Vitoria, el ilustrado y muy apreciado alcaide don José Fresco, bajo cuya custodia es el establecimiento vitoriano un verdadero modelo de orden, de aseo y de corrección, y el cual ha sabido siempre ser para los desgraciados presos un severo, pero cariñoso guardian. Propúsose dentro de sus más estrictos deberes, y en su necesario trato con los detenidos, auxiliar en cuanto pudiera al descubrimiento de los hechos en este asombroso proceso, y con sus persuasivas formas y razonadas frases encareció un día y otro día á Garayo la necesidad y la conveniencia de que hiciera amplias y sinceras confesiones de sus delitos, puesto que la opinión y la conciencia públicas sabían que él era el autor de algunos muy graves.

Por espacio de diez ó doce días Garayo insistió en sus absolutas negativas y solo cuando el Sr. Alcaide, le llegó á hablar con decision del bien de su alma, de la misericordia que Dios otorga aun á los mayores criminales, de los levantados sentimientos religiosos y morales de este país que él habia manchado con sus crímenes, de lo tranquila que quedaría su conciencia con la confesion y arrepentimiento de ellos, del bien inmenso que haria tranquilizando al público, y de otras profundas consideraciones semejantes, Garayo bajaba la cabeza y suspirando con ánsia exclamaba:

—Ay, Dios mío!

Estas manifestaciones eran para el Sr. Alcaide una prueba de que el criminal se ablandaba, pero éste en la lucha con el temor y el arrepentimiento, continuaba casi mudo é impenetrable, Ayudó al celoso Alcaide en sus trabajos el honrado y digno llavero de la cárcel D. Juan Gimenez, quien tambien al visitarle en la celda aconsejaba al preso que por consideracion á Dios y á su propia salvacion manifestase la verdad, que habia de ser la base de su arrepentimiento y de su perdon. Garayo conmovido empezó á declarar sus espantosos hechos. El llavero apuntó con un lápiz la relacion que el reo fué haciendo del asesinato de la jóven de Záitegui. D., que fué de la primera de que se ocupó.

El Sr. Gimenez puso inmediatamente en conocimiento del Alcaide su gran resultado, leyéndole la relacion escrita y ambos entónces volviendo á la celda de Garayo, lograron que refiriese el crimen de Araca y que se mostrase dispuesto á confesarlos al Sr. Juez. (2 de Octubre.)

Partió el Alcaide á dar cuenta á éste de su descubrimiento, y mientras se personó en la cárcel, á las nueve de la noche, acompañado de los escribanos, refirió Garayo al llavero mayores detalles y atentados. Constituido el tribunal funcionó desde esa hora hasta las tres de la madrugada. Fecha memorable fué aquella y de legítima é inmensa satisfacción para los celosos y dignos señores Juez D. José Antonio de Parada y Promotor Fiscal D. Marcelino Insausti, porque la justicia iba á cumplir con el sagrado deber de tranquilizar, tal vez para siempre á la comarca entera, y de dejar la vindicta pública en su lugar, reparada y satisfecha también.

Al día siguiente refirió Garayo al Alcaide y al llavero los asesinatos que llevó á cabo en Recachiqui, en Labizcarra, en el camino de Gamarra y en la Zumaquera y las cuatro tentativas frustradas despues. Continuados con grande actividad y acierto los dos procesos relativos á los crímenes de Záitegui y Araca, el Sr. Juez dictó sus sentencias que fueron leídas y publicadas en 11 de Noviembre del mismo año, condenando en ambas á Juan Diaz de Garayo (a) Zurrumbon, á la pena de muerte en garrote y á las indemnizaciones y pagos consiguientes.

EL SACAMANTECAS se mostró en este terrible acto tan sereno, tan entero y tan extraordinario como cuando cometia sus infames hechos. Oyó impasible las dos sentencias de muerte y dijo á los escribanos señores don Dionisio de Serrano y don Pedro del Mármol, que no sabiendo escribir no podia firmarlas y que lo hicieran á su ruego los señores procuradores presentes D. Manuel Lete y D. Juan Echavarría, como así lo hicieron. Al retirarse estos señores y al cerrar la puerta de la cel-

da el llavero Gimenez, llamó á éste y le manifestó que deseaba pedirle un favor, á saber: que siendo día de mercado y teniendo de seguro preparadas comidas en las casas de la inmediata Plaza del Mercado para los que acudan á comprar y vender, le agradecería muchísimo que mandaran traer para él un buen plato de carne en guisado. El llavero asombrado de aquella inesperada pretension, en tan terribles momentos, y recordando que á las once de la mañana habia tomado Garayo su rancho diario, bueno y abundante, que comió como siempre con extraordinario apetito, le respondió que si hacia de veras su peticion, á lo que contestó el reo que sí, y que tenia grandes deseos de comer carne, suplicándole que procurara complacerle. Dió cuenta el llavero al alcaide de tan especial empeño, maravillándose éste tambien de que en tan criticas circunstancias capaces de abatir al hombre más insensible, diese Garayo tales pruebas de despreocupacion y mandó en efecto traer un plato de carne guisada, que el preso comió con ánsia y complacencia, consumiendo en limpiar bien el contenido casi una libra de pan, delante de estos funcionarios.

Garayo de ordinario, comia y dormia perfectamente durante el proceso, antes y despues de la sentencia y fué siempre en su trato comedido y respetuoso para los empleados y para cuantos le visitaron. Tenia especiales disposiciones para procurarse su mayor comodidad como lo demuestran los dos hechos siguientes:

A los doce días de tener puestos los grillos que nunca los usó hasta entónces, y sin que hubiera hablado con ningún preso, una noche, cuando entraron los em-

pleados á hacer la requisa de costumbre vieron que Garayo estaba desnudo; lo que en las noches anteriores no habia sucedido, porque no podia ni sabia quitarse los pantalones con los grillos puestos. Preguntado que cómo habia logrado sacárselos, dijo que habia discurrido y cavilado mucho para buscar una manera de hacer pasar la cruz del pantalon por las dos argollas de los grillos que sujetan las dos piernas unidas por una barra transversal por detrás, y que al fin habia conseguido hacerlo, demostrando la forma en que lo habia ejecutado. Esta operacion, muy fácil para el que la vé hacer ó para el que se la explican, es de difficilísima solucion, no solo para los presos vulgares de las cárceles sino aun para gentes entendidas; y la verdad es que muchos presos pasan meses y años con los grillos puestos sin dar con ella, pero Garayo, en pocos dias y con suma facilidad y prontitud consiguió su objeto.

Despues que le fueron leidas las dos sentencias de muerte se ordenó que no se le afeitara, por temor á que diese motivo á alguna violencia, y desde entónces le creció la barba hasta tener mas de dos pulgadas y media. Un dia al entrar los empleados en su celda encontraron á Garayo perfectamente afeitado. ¡Calcúlese la sorpresa de sus guardianes! Estos sabian con toda seguridad que el reo no poseia ningun instrumento cortante ni punzante, ni ningun objeto que pudiera servir ó ayudar para el caso, espejo inclusive, y sin embargo, ante sus ojos se presentaba aquel hombre con la cara limpia como si saliera de una barbería. A las preguntas que, con este motivo le dirigieron contestó Garayo sacando una cerilla amoría de una caja de fósforos, encendiéndola,

pasándola con maestría por la superficie del rostro y diciendo: «Me he afeitado de esta manera!» Es decir que se había quemado las barbas poco á poco, y de tal manera que llegaba hasta su dura y curtida piel con la llama del fósforo, limpiándose despues con todo cuidado y quedando afeitado con toda perfeccion.

Su espíritu económico é interesado era grande. Los presos tienen una vela de sebo, que encienden por la noche mientras se hacen las requisas. Garayo para que no se gastase mucho tenia rodeada la suya de unos trozos de trapo y carton, bien apretados y de tal manera dispuestos que, la llama de la combustion resultaba muy pequeña y todo lo que del sebo se derretia, quedaba contenido dentro de dicha envoltura. Por este procedimiento cada vela de cuatro cuartos, le duraba dos meses.

La especialidad de su ingenio tuvo otra muestra innegable en el hecho siguiente. Sabido es que la admirable cárcel-modelo de Vitoria es para los presos un verdadero centro de instruccion y moralidad. En una de las celdas hay una escuela de primera enseñanza y una pequeña biblioteca, en las que los empleados instruyen á cuantos desean aprender á leer, escribir y contar. Infelices ha habido que, al entrar en la cárcel ignoraban por completo los rudimentos de la instruccion, y que, en breve tiempo, aplicándose, han sabido escribir perfectamente, saliendo instruidos y más hombres por cierto, al cumplir sus condenas. Supo Garayo que se daban libros á los presos y él pidió uno, indicando al llavero Gimenez que descaba aprender á leer. Decidióse éste á enseñarle y en el mes de Marzo de este año, aprendió en tres lecciones todas las letras del alfabeto.

Un mes más adelante leía con bastante perfección los caracteres gruesos, porque como era présbita muy pronunciado, no alcanzaba á distinguir las letras pequeñas.

El autor de estos apuntes, en una de sus visitas á este hombre, le vió leer en su *libro segundo*, todas las páginas de letra gruesa. Al hacerlo, en el texto en que dice: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría.—No hagas á otro lo que no quieras para ti.» le dije:

—¿Qué le parece á V. de esto, Garayo?

—Bien, señor, que si hubiera aprendido esto de chico, no me vería hoy en la cárcel.

—¿No le enseñaron á V. nada cuando era niño?

—Nada, señor, sólo el cura de Eguilaz me enseñó á ayudar á misa.

—¿Se acuerda V. ahora de ello? Diga V. el *confiteor*.

Y con perfecta entonación recitó el confiteor sin omitir una sola palabra.

—¿Entiende V. lo que quiere decir eso?

—No señor porque está en latín pero es una oración.

—Diga V., Garayo, cuando V. era joven, descubrieron en su pueblo de V. un sepulcro muy antiguo ¿se acuerda V.?

—Si señor; lo encontró un labrador que se llamaba Angel Munain, en un alto que llamaban el camposanto, y las tres cruces de madera que había encima del alto las pusieron en una orilla, para ver el sepulcro. Nunca he entendido por qué enterraban los muertos debajo de unas piedras tan grandes.

Garayo se refería al magnífico sepulcro celta, descubierto en Eguilaz en 1829; y todos cuantos detalles recordó de repente son absolutamente exactos.

Enorgullecido porque habia aprendido á leer hizo alarde de esta habilidad leyendo las inscripciones del costado de una caja de cerillas y la anteportada de un folleto que yo llevaba en la mano.

Entre las visitas que tuvo el reo merecen especial mencion la de su infeliz y excelente hija y la de su pobre y anciana esposa. Vivía aquella en B... sirviendo en un asilo de caridad cuando recibió una carta, mandada escribir por su padre en la que le decia que se hallaba preso, tal vez para mucho tiempo, que le habian ofrecido retratarle en la cárcel y que pedia á ella, como á los demás de su familia la autorizacion necesaria. Dió á leer su carta la jóven á otras personas pidiéndolas explicacion de lo que aquello significaba, y aunque trataron de ocultarle toda la gravedad que se desprendia de su contenido, preocupóse ella sobremanera con lo que no acertaba á comprender bien y contra la opinion de sus señoras, formó empeño de correr al lado de su padre, y se presentó en Vitoria. Ella, buena hija, olvidó el desamparo en que la dejó un dia su padre, y al preveer la desgracia de éste voló á verle y á consolarle. Acudió á la cárcel el 17 de Enero de 1880, solicitó ver á su padre, no pudiendo decidirse á creer lo que acerca de él le habian contado, y una vez conducido Garayo al locutorio de comunicacion tuvo lugar allí una escena desgarradora.

—¿Qué es lo que ha hecho V. padre mio, para verse en este sitio?—Le preguntó deshecha en lágrimas—¿Qué mala idea le ha llegado á V. á matar á esas pobres mujere? ¿Ha sido V. padre, el que ha cometido tantos crímenes?

Garayo casi impasible sin levantar los ojos del suelo contestó:

—Es cierto que he matado á esas mujeres, pero la culpa de ello, y por eso estoy en la cárcel, la tienen todas las mujes con quienes me he casado despues de morir tu madre; que si una salió mala, las otras fueron peores; pues todo cuanto había en casa lo vendian á ménos precio para comprar vino y otras cosas, y yo aburrido al ver lo que me pasaba me perdía en esas malas acciones, que ahora tendré que pagar justamente.

Reprochó la jóven con cariño y amargura tales razones y despues con vehementes frases, le recordó su abandono, su triste vida de jóven, sus trabajos, su colocacion en B. donde era muy querida y considerada, entónces, cuando su suerte infausta la ponía en tan tristísima situacion, para vergüenza y eterno dolor suyo; le recordó tambien que no merecia ella de parte de su padre el verse de tal manera, que le habia dado pruebas de cariño enviándole sus ahorros cuando el la escribia que estaba falto de recursos; que con sus crímenes le habia cerrado todos los caminos para poder servir y vivir en el mundo, y que ella deseaba colocarse en Victoria ó sus cercanías para poder venir y acompañarle en algunos ratos en su horrible situacion, pero que, de seguro, exclamaba: ¡Me rechazarán en todas partes diciendo: Esa es la hija de Juan Garayo, del que mató tantas mujeres!!!

No se engañaba la infeliz. Colocóse en una casa diciendo que era de una provincia lejana para lo cual le servía muy bien el acento que habia adquirido, pero al mes le dijeron sus amos, que murmuraban en la vecin-

dad que era la hija del Sacamantecas, y que si bien ellos ninguna queja tenían acerca de su excelente conducta en el servicio, no podían en manera alguna ocuparla más tiempo en su compañía, por más que ella no tenía culpa alguna de lo que sucedía. Resignóse la pobre muchacha; tuvo otra tristísima entrevista con su padre y después de dar varios pasos para colocarse, sin poder conseguirlo, se decidió á volver á B.....

Por mediación de una digna persona se consiguió que el Ayuntamiento de Vitoria le pagase el billete y le diese alguna cantidad para el camino y una vez decidida á marcharse dió á su padre la más conmovedora despedida, el 18 de Marzo. A las amargas exclamaciones de su hija contestó Garayo con bastante serenidad:

—No queda mas que sufrir con paciencia todo lo que venga, vosotros ya vivireis, pero yo seré el que tendré que pagarlo todo; siendo la causa, como te he dicho, las malas mujeres que he tenido después de morir tu madre.

A continuación sacó cuatro pesetas del bolsillo y entregándoselas á su hija la dijo:

—Toma este dinero que tengo, para que lleves para el camino; no me queda más; todo te lo doy.

Las entrevistas que tuvo con su mujer, pobre anciana, que se arrastra con dos muletas, y que está acogida en el hospicio de Vitoria, fueron siempre repetidas escenas de mútuas y terribles recriminaciones. Garayo le pedía siempre dinero y ella con desnudas razones y tristes frases le decía que, de dónde había de sacarlo, si aun para comer tenía que pedir una limosna. Insistía aquel en que el producto de la última venta de trigo y

paja de su casa lo habria gastado en vino y otros vicios, como lo habia gastado todo, y ella contestaba que habia empleado ese dinero en pagar las deudas de Garayo y entre otras la indemnizacion á la mendiga atropellada en el camino de Gomecha; que él habia vendido los bueyes dias antes de ser apresado por el atropello de la molinera, para que no se los embargasen y que este dinero, que segun él se lo habia dado á guardar á un amigo, lo habia gastado malamente; que él lo quiso siempre todo para sí, sin tener cariño ni miramiento para ninguno de la familia; que ella ninguna culpa tenia en sus crímenes, porque para cuando se casaron ya habia cometido muchos y que habia perdido por completo á ella y á toda su familia con su infame conducta.

—Las dos mujeres que he tenido anteriores á ti—replícala siempre Garayo—eran tan malas como tú; si con una estaba mal, me volvia á casar al morir aquella y encontraba otra peor; de manera que no he tenido buena mas que la primera; las otras tres habeis sido á cual peores.

Iba la pobre mujer á la cárcel para recojer alguna prenda de Garayo y cosérsela, si lo necesitaba, diciéndole que, aunque apenas veia, descaba arreglarle la ropa, con mucho trabajo. Al entregarle Garayo unos pantalones, la última vez, le dijo:

—A ver si me los coses pronto y vienes á traérmelos ¡no vayas á vendérmelos para beber, porque no tengo en tí mucha confianza!

De este modo agradecia aquel hombre los servicios que le prestaba su pobre é inválida esposa.

Su afan por el dinero y por la comida era siempre

muy grande. La abundante ración que se da á los presos, y que en general les sobra, no le bastaba nunca, y aseguraba que si diariamente le hubiesen repetido otra lo hubiera agradecido. Cuando alguno de sus interesados le visitaba valiase de la confianza consiguiente para preguntarles, en cuanto les veía, si le llevaban algo, y si contestaban que no, replicaba él:

—Pues entónces ¿para qué habeis venido?

Por este motivo, cuando despues volvian á verle, llevaban siempre un poco de merienda y algun dinero, porque nunca se contentaba con una de ambas cosas.

Su estremado egoismo le hacia tambien seguir muy diversa conducta con cuantos le visitaban como curiosos. Si estos le daban alguna limosna, se mostraba espontaneo para hablar, mirábales con despejo y referia sin turbarse algunos de sus crímenes, contestando bien y corrientemente á cuanto se le preguntaba; pero si los visitantes nada le daban, bajaba la cabeza y solo respondia por monosílabos y con escasa voz, aunque sin faltar al respeto en sus ademanes y en sus palabras; lo que hacia pensar á muchos que estaba avergonzado y humillado por sus crímenes.

Ínterrogado alguna vez, en vista de los estraños detalles de la muerte de su tercera mujer, si acaso la causó él violentamente respondió: «No; yo no la maté, porque si la hubiera matado lo hubiera declarado, como lo he hecho de las demás.»

En el curso de los procesos los respectivos defensores alegaron que el reo estaba loco y exento de responsabilidad, y en la prueba ofrecida, tanto los médicos de la defensa como los del Juzgado, negaron terminante-

mente que surazon se hallase enferma, y que padeciera monomanía alguna.

La Sala de lo criminal de la audiencia de Búrgos devolvió al Juzgado de Vitoria las causas para que se procediera á nuevas investigaciones, por mayor número de médicos en un plazo más detenido y que se interrogara también á los parientes y amigos íntimos acerca de su anterior y presente estado mental.

Fueron en efecto consultados los médicos de Vitoria señores D. Valentin Castañeda, D. Pablo Martínez, don Ramon Apraiz, D. José Páramo, D. Tomás Ladrera, don Adrian Ladrera, D. Luis Arroyo, D. Felipe Hernandez, D. Aniceto Arandía, D. Perfecto Zulueta y don Romualdo Saez, los cuales, despues de detenidos reconocimientos del acusado, en 3 de Marzo de 1880 emitieron su informe con las siguientes conclusiones:

Primera: Juan Diaz de Garayo tiene en la actualidad sus facultades intelectuales en estado normal.

Segunda: Analizando con lógica los hechos, que el Juzgado persigue y atendiendo á cuantos datos y antecedentes se han podido recoger han adquirido el convencimiento de que los crímenes cometidos por Garayo han sido ejecutados con libre albedrío; con verdadera libertad moral.

Concluido el sumario y vueltas otra vez las causas al estado de defensa, ofreció esta prueba judicial al objeto de justificar que aquel se hallaba padeciendo una perturbacion mental, pidiendo que al efecto fuese reconocido y observado por los médicos alienistas D. José María Ezquerdo, director del manicomio de Garabanchel-alto y D. Francisco Sanchez, director del ma-

nicomio provincial de Toledo, los cuales en 24 de Mayo del mismo año presentaron un estenso informe, que terminaron afirmando, en contestacion al interrogatorio formulado por la defensa:

Que Juan Diaz de Garayo es imbécil, lo será y lo fué siempre; y que los hechos cometidos por él fueron ejecutados bajo la influencia de una locura parcial ó monomanía de accesos intermitentes, con largos intervalos pseudo-lúcidos á más de su imbecilidad.

Además, dadas la importancia y fama de este proceso y de las discusiones científico-legales, que acerca de él se han sostenido en la opinion pública, los señores doctores Ezquerdo y Apraiz dieron en Madrid y Vitoria respectivamente, curiosas y brillantes conferencias acerca de si el SACAMANTECAS era cuerdo ó era loco; de las cuales se ha ocupado detenidamente la prensa y se han hecho tiradas especiales.

Llevadas las causas criminales á su última tramitacion el Tribunal Supremo declaró [no haber lugar al recurso de casacion.

CONCLUSION.

Garayo purga hoy sus crímenes en afrentoso patíbulo en el campo del Polvorín, no lejos de Recachiquí, donde empezó su espantosa carrera. La justicia y la dignidad de un pueblo están satisfechas.

Si él no tuvo compasión alguna de tantas víctimas como sacrificara, tengámosla nosotros de él al ver, que nadie, por larga que sea su vida de crímenes, por casual que sea su impunidad y por duro é insensible que sea su corazón, se libra al fin del digno castigo que la sociedad y Dios imponen á los perversos.

La ley al apresar y aniquilar al criminal ha devuelto á esta comarca la tranquilidad de que antes, por tantos y tantos años disfrutó. Desde que estos y otros ejemplares actos se han verificado no ha vuelto á mancharse la historia de nuestro pueblo, siempre culto y morigerado, con atentados de la índole de los que Garayo realizaba. Confesamos que la ley inexorable y justa es la garantía de las sociedades dignas y ayudemos siempre á que sea enaltecida y respetada.

La historia de Garayo envuelve una ejemplar y severísima lección. No invadimos el terreno científico: quédese para la conciencia profesional el afirmar ó negar si determinadas formas orgánicas y sus funciones pu-

dieron influir en sus actos. Nos referimos solo á lo que el criterio comun puede deducir de la relacion que antecede.

Garayo mientras fué jóven, mientras constituyó su primera familia, criado primero, labrador, amo de su casa despues, mientras atravesó la época en que las pasiones llegan á su mayor desarrollo, fué un hombre de bien. Rodeado de su esposa y de sus hijos cumplió su humilde y ordinaria mision de trabajar para su familia y de llevarla adelante por espacio de trece años. Al casarse de nuevo, al romperse en su casa el equilibrio entre las relaciones de sus hijos y de su nueva mujer, una profunda perturbacion doméstica vino á marcar la nueva fase de su vida. En la lucha entre los encontrados afectos, ante el abandono de sus hijos, ante el mal estar del matrimonio y las pérdidas materiales que naturalmente sobrevinieron en su hogar desarreglado, Garayo, sin tener, por su propio carácter, un amigo digno que le aconsejara, se reconcentró en su egoismo y opuso al triste estado en que se encontraban su familia y sus intereses una escéptica impasibilidad, cuya única tendencia fué la de buscar fuera de su casa los vulgares goces del vino y de las mujeres. Se engolfó en esa miserable vida, en que entran tantos, que no tienen quien mire por ellos, ni quien les aconseje, cuando abatidos por la desgracia ó por las contrariedades, buscan en la existencia que se llama del desencanto, del materialismo grosero, y de la pérdida de todos los cariños y esperanzas, el remedio, el lenitivo ó el atolondramiento con qué olvidar sus propias desventuras. Y lo que empieza por leves vicios conviértese en insaciables apetitos; y lo que al principio avergüenza, al fin se ejecuta con descarado cinismo y brutal audacia. En la carrera del mal se avanza mucho desgraciadamente. Garayo acostumbrado en

esta segunda época á pensar de este modo, al abandono, al trato con las mujeres de relajada vida, no tuvo inconveniente en matar á una de ellas, por la simple consideracion de no ser descubierto por el descarado escándalo que en el camino y en Vitoria mismo le hubiera armado aquella, al ver la exigua cantidad con que le pagaba. Y este primer crimen, del que quedara impune, mató por completo en su espíritu toda idea del bien, toda esperanza de que su negra estrella mejorara y todo gérmen de cariño y le aleccionó, y le alentó para repetirlos, con innegable maestría como se ha visto.

¿Hubiera Garayo entrado en esta vida de egoísmo, de descreimiento y de perdicion, si antes de casarse la segunda vez buscara una mujer capaz de vivir en armonía con sus hijos, de sostener y mejorar su hacienda, y de rodearle de cuantas condiciones hacen querido, deseado é incomparable el hogar doméstico en vez de cambiarlo en repulsivo, frio y odiado? Seguramente que no.

La vida de los trece años de su primer matrimonio autoriza á creerlo así. Una vez en presencia de la discordia y malestar de su casa, que tal vez él no pudo preveer ¿qué le faltó á Garayo para no empezarse á perder?

Buenos sentimientos, que no los tenia, porque no tuvo educacion alguna; buenos amigos, que no los halló, porque siempre fué su carácter oscuro y poco comunicativo; carácter para imponerse á su mujer y á sus hijos, que tampoco podia tenerlo, porque el carácter sólo lo da la conciencia del propio valer y Garayo como modesto y pobre labriego, sin instruccion alguna, jamás pudo creer que él por sí valiera nada, entendiendo que siempre debia bajar la cabeza ante la eventualidad de los sucesos, contra los cuales fatalmente, segun

la doctrina de los que no discurren, nada vale la voluntad humana.

Y sin educación, sin sentimientos, sin buenos consejeros y sin carácter, Garayo al verse contrariado en su casa, cerró criminalmente los ojos, dió rienda suelta á sus pasiones y aquella hercúlea naturaleza, tan á propósito para los placeres materiales, se aventuró por completo en ellos, cuando la vida había ya traspuesto su mejor período desde los cuarenta y cinco á los cuarenta y nueve años, sin hacer caso de los gritos de su reducida y casi apagada conciencia, que la repetición de los crímenes fué aniquilando por completo.

Al malestar del segundo matrimonio, sucedió el del tercero y el del cuarto y conforme su pésima situación doméstica crecía, aumentaban en él proporcionalmente sus feroces instintos y sus salvajes prácticas. Garayo se encontró bien en su carrera de criminal, garantido y misterioso; la vulgar leyenda del SACAMANTECAS, la amparó en gran parte, y á no encontrar casualmente á los testigos, que le vieron caminar en el día en que sacrificó á la jóven D. de Záitegui, cometidos todos sus crímenes en la soledad, es posible que nadie hubiera podido establecer las relaciones que fundaron las sospechas para perseguirle.

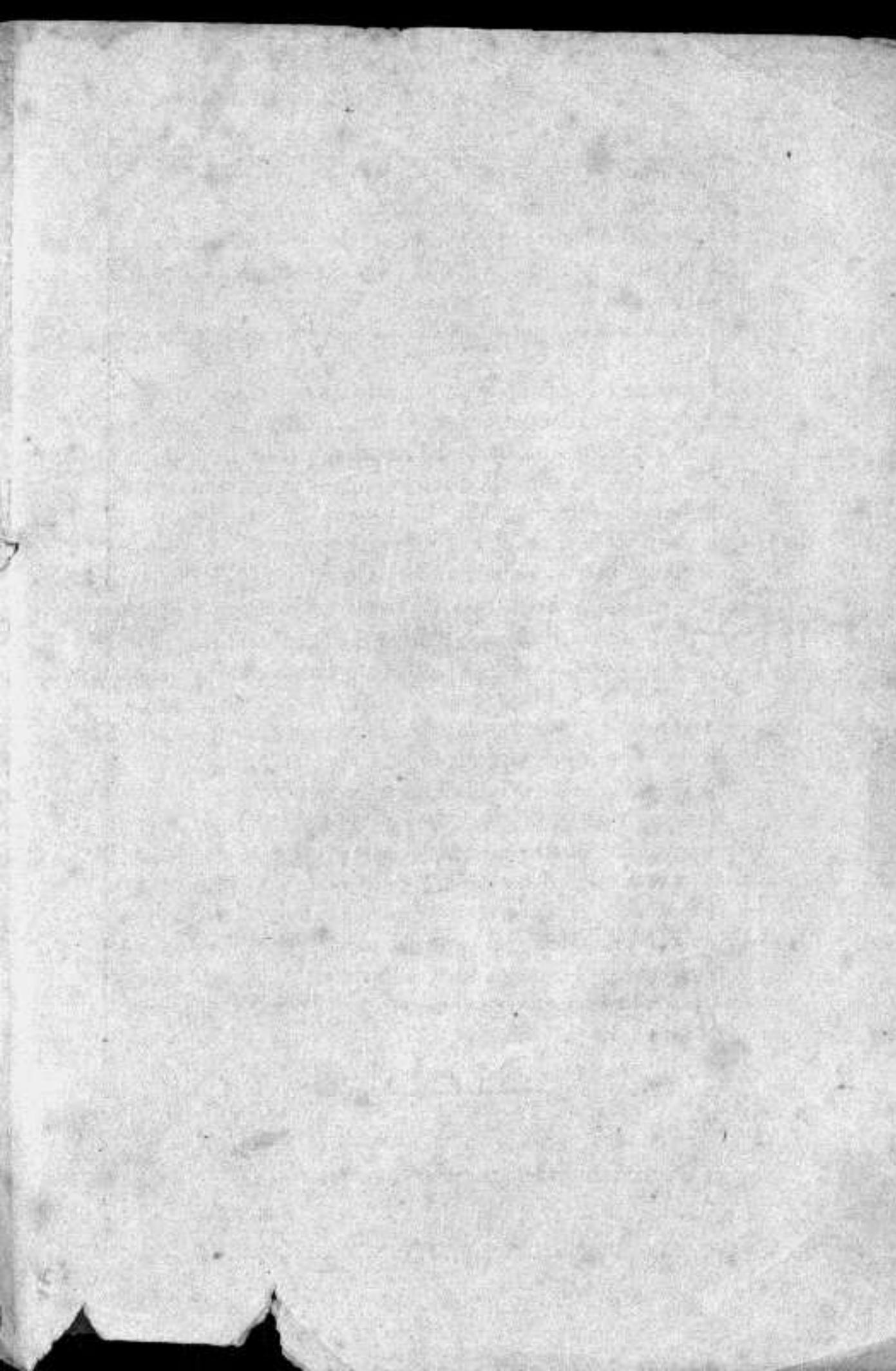
Una vez en la carrera del crimen, Garayo llegó á ser uno de los mayores criminales de los tiempos modernos, ¿Quién hubiera sido capaz de detenerle en sus horribles tendencias, al verse manchado ya con los primeros atentados? Nadie. Cometido el primer crimen, divorciado ya con toda idea de bondad, con la sociedad, con la esperanza y con el perdón, por las terribles acusaciones de su alma; en lucha consigo mismo, el instinto de la perversidad le conducía á insultar de nuevo á la sociedad y á querer ahogar por completo la voz de

su conciencia, cometiendo mayores excesos: que tal es, en efecto, la horrible condicion de los desgraciados, que cegados por los atractivos del mal cierran los oidos á todo consejo y se atreven á desafiar, en su pasagera potencia, á todas las consideraciones y respetos del cielo y de la tierra.

Falto de educacion y de sentido moral Garayo, cuando se vió privado del amor de la familia, se convirtió poco á poco en una fiera. El hombre sin la civilizadora enseñanza de la escuela que prepara la inteligencia para que dirija al corazon; sin la severa enseñanza moral que nos fortifica en el respeto de nosotros mismos y en el de nuestros semejantes; sin el amor de la familia que engrandece nuestras alegrías y aminora nuestros pesares; sin el influjo benéfico de la mujer, que es el elemento más decisivo de nuestra existencia, que es el medio que más influye en nuestras trasformaciones psicológicas y fisiológicas, sin la mujer educada, moral y amante, el hombre, sin estos poderosos auxiliares es un ser caído que pide á voz en grito redencion.

Esta tristisima historia y el negro patíbulo, hoy levantado, demuestra de nuevo que urge más y más cada dia, si la sociedad ha de irse redimiendo, difundir instruccion, arraigar la severa moralidad, y sostener, propagar y enaltecer el santo amor á la familia, sin cuyos poderosos amparos la vida social no puede ménos de presentarnos mónstruos que nos aterren y nos avergüencen.

Este folleto y retrato son propiedad.



su conciencia, cometiendo mayores excesos: que tal es, en efecto, la horrible condicion de los desgraciados, que cegados por los atractivos del mal cierran los oidos á todo consejo y se atreven á desafiar, en su pasagera potencia, á todas las consideraciones y respetos del cielo y de la tierra.

Falto de educacion y de sentido moral Garayo, cuando se vió privado del amor de la familia, se convirtió poco á poco en una fiera. El hombre sin la civilizadora enseñanza de la escuela que prepara la inteligencia para que dirija al corazon; sin la severa enseñanza moral que nos fortifica en el respeto de nosotros mismos y en el de nuestros semejantes; sin el amor de la familia que engrandece nuestras alegrías y aminora nuestros pesares; sin el influjo benéfico de la mujer, que es el elemento más decisivo de nuestra existencia, que es el medio que más influye en nuestras trasformaciones psicológicas y fisiológicas, sin la mujer educada, moral y amante, el hombre, sin estos poderosos auxiliares es un ser caído que pide á voz en grito redencion.

Esta tristisima historia y el negro patíbulo, hoy levantado, demuestra de nuevo que urge más y más cada dia, si la sociedad ha de irse redimiendo, difundir instruccion, arraigar la severa moralidad, y sostener, propagar y enaltecer el santo amor á la familia, sin cuyos poderosos amparos la vida social no puede ménos de presentarnos mónstruos que nos aterren y nos avergüencen.

Este folleto y retrato son propiedad.